

## LA SEMANA DE MARCELO

Por CARLOS PATIÑO ROSELLI

DEDICADO A ALVARO MUTIS

“¿Por qué no fue usted al entierro del hermano de Elisa?” —me preguntó una de las B.—, mirándome fijamente, cuando apenas había tomado yo asiento en aquel sofá familiar, forrado con un raso ya lustroso, que era para mí algo muy del ambiente de la casa. Que recuerde, no tenía ninguna razón especial para visitarlas esa mañana, fue quizás el bello tiempo que hacía lo que me impulsó a quebrantar mis quehaceres habituales y buscar en cualquier parte un poco de esparcimiento. Otras veces me ha ocurrido así. Pensaría entonces en esta curiosa familia, cuyo modo de ser no me agrada ni admiro siempre, pero que en ocasiones, según el humor, me atrae intensamente. Valdría la pena que alguien escribiera alguna cosa sobre ellas, contando cómo son, dando una idea de esas largas visitas en las cuales casi invariablemente sucede esto: luego de los saludos y frasecillas usuales, con el visitante sentado en el sofá y todas ellas rodeándolo desde diversos sitios, una de las hermanas va apoderándose poco a poco de la conversación y entroniza sin remedio el tema del Destino, de la Telepatía o de la Muerte... Y mientras las demás callan y solo el huésped interrumpe cortésmente, a ratos, con una pregunta insulsa o un monosílabo de asentimiento, ella —la que habla— se debate cada vez más en su tema. La excitación la va ganando hasta que llega un momento en que la joven parece no poder más, estar al borde de algo horrible, y cae de pronto en un silencio exhausto, sangrante, del cual ya no vuelve a salir. Pero entonces cualquiera otra de ellas, aquella en quien la fiebre con que lo ha escuchado todo esté en un

grado más alto —sin duda es absolutamente sincera esta emoción que las palabras de la que habla van encendiendo en las demás, no hay aquí, como me fue insinuado una vez, comedia alguna— cualquiera otra de ellas, digo, toma el puesto de su hermana, recogiendo el mismo tema o bien, iniciando uno distinto. Y se repite así la historia, la penosa situación. En ocasiones, la visita no termina sino cuando todas han tenido su turno, es decir, cuando han llegado a la cima de su discurso y se han sumergido en ese angustioso y repentino mutismo. Otras veces, sin embargo, el visitante consulta su reloj y logra despedirse antes de que entre en acción —digámoslo así— la tercera o la cuarta de las hermanas. En todo caso, lo que realmente intranquiliza durante una visita a las B. no son las patéticas disertaciones de las jóvenes filósofas, sino la actitud de la madre, quien calla todo el tiempo, con la mirada —¡si es que mira entonces algo!— apartada de la hija que esté hablando y con una expresión interior de pena y contrariedad. Tal como si en aquellos momentos, tras de su aire discreto y circunspecto, sufriera hondamente por la conducta de sus hijas como por algo imposible de remediar. Repito que es esencialmente la señora de B. por quien tengo un vivísimo afecto, la causa de que a la salida de la visita me encuentre siempre en un desagradable estado de ánimo; algo así como cuando de niño se me reñía en presencia de alguna persona mayor; en fin, una mortificante desazón que, menos mal, se va desvaneciendo a medida que bajo la calle —ceñida de uno que otro jardín— y me van envolviendo otra vez la realidad del día, la gente, los pitos de los autos. . .

La pregunta, pensándolo bien, llevaba un ligero matiz de reproche. Marta la formuló mirándome fijamente. . . tal vez no a los ojos, como dije antes, sino a todo mi rostro, a mi conciencia, cual si espicara inflexiblemente la expresión que iban a tomar mis facciones ante su velada acusación. Yo me di cuenta en el acto de la situación y no pude detener una sonrisa que sentí venir a mis labios. No sé hasta qué punto ésta me venció, mostrándose abiertamente en mi cara y señalándome así como culpable ante la mirada escrutadora de Marta. En todo caso, me sentí sonreír y, al sentir que sonreía —¡tanto peor!— me ruboricé. Tal como leí en algún artículo, culpo a mis nervios y a mi timidez de estas situaciones verdaderamente absurdas y en extremo incómodas, en las que, como aquí, uno mismo se hace ver culpable por los demás, sin serlo realmente en manera alguna. A través de la sonrisa condescendiente que también se insinuó entonces en sus labios, mientras yo bajaba torpemente la mirada, adiviné cómo ella, triunfante, se decía: "Ya me lo figuraba: no fue al entierro del hermano de Elisa. ¡Qué hombre!" ¿De Elisa? ¡Ah, Elisa! Recuerdo ahora la tarde que nos llegó por primera vez al Instituto, como un bello regalo de Navidad con el cual no se contaba. El Director la llevó a nosotros e hizo la presentación con las palabras consabidas: "Tengo el gusto de presentarles a la señorita Elisa M., su nueva compañera de estudios". Al estrecharle la mano —hubiera querido más bien

besársela delicadamente: tan blanca me pareció— sentí un ferviente anhelo de que ella se sintiera acogida con amabilidad y cariño; pues en aquel aire turbado naturalmente por la presencia entre extraños, quise ver yo en cambio el temor instintivo de quien viene de pasar una vida oprimida y llena de sufrimientos. Su mano permaneció solo un instante entre la mía y, sin que pareciera sentir mi latente simpatía, pasó nerviosamente a otra, y luego a otra... Poco tiempo tardó Elisa en constituir para nosotros algo querido y familiar. A los quince días de su ingreso había perdido el carácter de "nueva" y todos la veíamos ya sin aquella curiosidad de antes, que nos hacía rodearla tontamente para observarla en todos sus detalles —mientras alguno le hacía la conversación— y, sobre todo, para reírnos a hurtadillas de su graciosa mezcla de italiano y español. ¡Si parecía que no fuésemos estudiantes de Filosofía de último año! En aquellos primeros días, mi curiosidad se concentró en sus zapatos. Ya desde la primera vez me había fijado en ellos, llamándome la atención una especie de personalidad, que los hacía diferentes de todos los zapatos que usaban nuestras compañeras y que yo pudiese haber visto en los pies de mujer alguna. Hoy, al recordarlos, al verlos casi de nuevo —graves y acolchonados— recorriendo los corredores del Instituto con aquel paso inimitable de su dueña, no puedo menos de preguntarme un momento por su suerte. Estoy seguro de que ella los tenía en grande afecto, considerándolos también como algo muy propio y único, y de que ahora que su servicio natural forzosamente debe haber terminado —ya estaban... deteriorados, digamos, en el tiempo de que hablo— Elisa no los puede haber regalado ni, mucho menos, tirado. Habrá tomado alguna medida especial respecto a sus zapatos; por el momento, no se me ocurre cuál sea, pero seguramente debe haber sido algún detalle fino e íntimo —algo, en suma, como dictado por su bello temperamento—. En todo caso, ya desde una de las últimas ocasiones en que tuve el gusto de verla, y cuando todavía no era la señora de V., Elisa llevaba otros zapatos... Pues, lo que hizo que poco a poco fuese yo viendo en estos zapatos algo casi como un símbolo de ella, no fue solo esa personalidad de que he hablado, sino también el hecho de que Elisa los usaba invariablemente todos los días. Sí; no creo haberla visto nunca con otros. Ciertamente tendría muchos más en casa, de diversos estilos y colores pero claro que ella preferiría éstos —su tono absolutamente indefinible, su paso silencioso, el holgado calor que harían a su pie—.

¡Si por lo menos hubiese sido otra de ellas quien me dio la noticia! Lucy, por ejemplo, que —modestia aparte— siempre ha estado un poco enamorada de mí. Aquella mañana también estaba ridículamente vestida, llevando un tedioso faldón que nada tenía que ver con sus alegres quince años. (En realidad yo ya me he acostumbrado a que las B. lleven siempre trajes absurdos e inadecuados; la cosa es, en sí, molesta, pero las pobres no tienen tampoco la culpa: en el ambiente de su hogar no hay cabida para

preocupaciones de esta índole). ¿Pero es que Lucy ha sido alguna vez alegre? Hace dos años, cuando la conocí —cuando conocí a esta familia— era todo lo contrario: una niña muy pensativa que hablaba solo para decir algo serio y extraño a su edad. Yo era entonces novio de Katia... ¡Por Dios! ¿Cómo pude hacerlo? Y lo que menos le perdono es que se hubiera cambiado de nombre. "Katia": nombre de mujerzuela de folletín, ¿no es cierto? Cuando tenía ya uno bonito y sencillo, y que, además, era el suyo. Puede que sea un poco injusto, pero hoy día no tengo ninguna simpatía por mi ex novia Katia B. En el fondo, yo quería más bien era a Lucy. Recuerdo nuestras miradas, cuando Katia no nos podía observar: y nuestras fugaces conversaciones, mientras ésta subía un momento al segundo piso y Lucy lo aprovechaba para entrar a "acompañarme"... Desgraciadamente, Lucy cambió casi por completo. De aquella niña dulce y misteriosa que era —es curioso, nadie ha vuelto a mirarme como ella— se ha convertido hoy en una jovencita pedante y artificiosa, que se cree estar constantemente en escena. Y en lugar de aquella actitud devota —como queriendo ofrecerme a cada momento su vida— que tenía para conmigo hace dos años, ahora me trata con una indiferencia fingida y charlatana... ¡Realmente insufrible! ¡Y yo que me había hecho tan hermosos planes! "Cuando Lucy tenga quince años —pensaba entonces— qué agradable será pasar el tiempo con ella; recibir su cariño absoluto y puro; oírla hablar cándidamente de los temas que le son familiares..." Siempre me cuidé bien, eso sí, de que Katia no se diera cuenta de la vaga pero indudable atracción que nos unía a su hermana menor y a mí. Ella me quería, realmente, y obrar de otra manera hubiese sido poco caballeroso de mi parte.

Pues bien, si hubiese sido cualquiera de ellas dos quien me dio la noticia, o —con mayor razón, si no ando muy equivocado— Esperanza, la mayor de las hermanas, la pregunta no me habría confundido así, sin motivo real alguno. Al fin y al cabo, cuando uno se siente querido, este hecho basta para adoptar hacia la persona enamorada un irresponsable complejo de superioridad. ¿No sucede esto siempre? De modo que yo hubiese respondido con toda naturalidad. Pero, tratándose de Marta, el asunto era distinto. Siempre ha mostrado hacia mí una actitud un poco recelosa y premeditada. Estoy seguro de que detrás de esto hay, o bien un inconsciente rencor a causa de la precaria duración de mi noviazgo con Katia (dos semanas: no podía haber sido más), de mi indecisión respecto a Lucy, y de mi indiferencia para con Esperanza; o bien un sordo despecho porque yo no la cortejé a ella misma, siendo mi compañera de estudios y gustándonos a ambos la literatura y los paseos por el campo. Quizás esto debiera ser verdaderamente así; quizás yo debiera ser el novio de alguna de ellas. Pero, en estas cosas, el corazón mismo es el único que manda. En cuanto a Marta, lo que siento por ella en realidad es... miedo. Cuando, en medio de la visita, es ella quien tiene la palabra, el tema es siempre más desagradable que cuando

habla alguna otra de sus hermanas, y sus ojos —ya muy grandes en sí— se crecen de un modo impresionante, y su voz toma un tono agrio, como de loca.

Con un esfuerzo de voluntad creo que logré vencer al instante aquella inoportuna sonrisa y, tratando de dar a mi semblante y a mi voz una justa serenidad que atenuase en algo la idea errada que seguramente Marta se había ya formado al respecto —habré de averiguar más tarde hasta qué punto—, respondí, no sin cierto titubeo: "...¿Ha muerto, acaso?" Sabiendo de antemano que mi respuesta no habría de ser creída por ella, ni tal vez por ninguna de sus hermanas —que me rodeaban impertinentemente—, la emití volviéndome hacia donde estaba la madre, doña Rosario, como buscando al mismo tiempo fe y protección. Sabía que ella me iba a creer. Siempre nos había unido una sincera amistad —algo más, una indefinible relación espiritual—; esa mutua comprensión que nos enlaza tan íntimamente a ciertas personas, con las cuales sentimos un alivio y una libertad infinitos. Sí; ella y yo nos habíamos entendido siempre divinamente. Desde el día en que Marta me presentó a Doña Rosario, la primera vez que visité la casa, tuve la impresión de estar ante una mujer muy especial y anhelé de todo corazón ser pronto su verdadero amigo. Su porte —esa mezcla de dignidad y sencillez— y su conversación sabia y mística me llegaron a lo más hondo. Me he preguntado a veces cómo al lado de esta mujer casi de fábula, toda intimidad y finura, pueden haberse formado hijas tan diferentes. Fue a ella a quien por primera vez enseñé algunas composiciones poéticas que, por aquel tiempo, daba yo en hacer —aunque no eran obras de arte, ni mucho menos—, ¿qué mejores confidentes para unos sonetos sino su alma y su consejo? Ya que hablo de ello, doña Rosario no me dio al respecto una opinión desfavorable; antes bien, me animó, creo que sinceramente, a continuar en el empeño, augurándome un brillante porvenir por este camino de la poesía. Pero yo no he dejado de considerar aquellos versos como meros "pecados de juventud"; además, las ocupaciones, los estudios, uno se vuelve serio... En fin, tampoco tendría nada de raro que un día de éstos, si —como ella me lo dijo en varias oportunidades— tengo realmente disposición... "Sí, hace una semana", me contestó doña Rosario en el tono amigable que yo esperaba, aunque advertí que, en el fondo, experimentaba una gran pena. Y mientras llegaba casi a sonreírme levemente, añadió: "¿No lo sabía usted, pues?" Su tono bondadoso y confiado me reconfortó del todo y, atreviéndome a dirigir una mirada casi desafiante a sus hijas, le respondí con decisión: "No, no lo sabía. No me he visto con nadie, últimamente". "Pero si la noticia apareció en los periódicos" —oí que decía Marta—. "No he leído los periódicos. He estado dedicado a la preparación de mi examen..." "Elisa lo ha extrañado mucho", me decía un momento más tarde doña Rosario. "¡Ella lo estima a usted tanto! Yo le he disculpado, diciéndole a ella que usted no lo sabría, o que por alguna causa no habría podido ir a testimoniarle su con-

dolencia; y seguramente Elisa lo habrá comprendido así". Calló, entonces, como esperando que yo querría ampliar mis explicaciones; pero como yo nada más tenía que explicar —¡simplemente no lo sabía!— ella continuó: "El entierro estuvo afortunadamente muy bueno. Todos los amigos de Elisa asistieron. . . menos usted que no lo sabía; pero claro que no es culpa suya. La Universidad envió una corona muy bonita. A pesar de todo, el golpe ha sido horrible para los padres —y para Elisa, naturalmente. Con ella, eran los únicos hijos, usted sabe—. A los veintinueve años; y ¡así!, arrollado estúpidamente por un taxi a las once de la mañana: ¡quién se lo hubiera figurado! Sin embargo, yo ya había advertido que Marcelo llevaba la muerte en sí mismo. . . Algo en su mirada, en su boca; no sé. . ." Aquella mañana la visita fue más sofocante que nunca. Si yo no supiera que, en el fondo, ellas son todas muchachas muy nobles, diría que se aprovecharon de la oportunidad. Aunque, en realidad, yo no las escuché en todo el rato. La noticia se había ido apoderando de mí, afectándome sinceramente, y cuando salí de allí, a la una de la tarde, solo pensaba en ir cuanto antes a presentar mi pésame en la casa de Elisa.

A pesar de que yo había permanecido los ocho días anteriores dedicado exclusivamente a la preparación de mi examen, sin hablar con nadie, sí es extraño que, por algún medio, no me hubiese llegado la menor noticia de la trágica muerte del hermano de Elisa. No era cierto, como le respondí a Marta, que yo no hubiera leído la prensa: todos los santos días la leo. Pero, ¿cómo explicarle que, cual por arte de magia, no había visto el aviso de defunción? Además, ahora recuerdo que en esa semana había estado con C. y con C. E.: ambos habían asistido al entierro y, sin embargo, sobre tal cosa, ¡ni una palabra! Elisa hablaba raramente de su hermano y, cuando lo hacía, se refería a Marcelo de un modo muy poco familiar —una habla de los hermanos con cierta despreocupación—; era como una especie de devoción religiosa, que la hacía cambiar inmediatamente de tono y daba un viso de gravedad a su voz. A través de alguna de estas vagas referencias me había enterado de que Marcelo tenía una loca pasión por el teatro; que ya desde su primera adolescencia —allá, en Italia— había empezado a actuar brillantemente en las tablas; y que, aquí, vivía atormentado por el tronchamiento que la emigración familiar a Suramérica había implicado en su carrera. Doña Rosario, por otra parte, cuando la conversación recaía ocasionalmente sobre el hermano de Elisa, me decía siempre, casi ya como en cantinela: "Ah, ¿no lo conoce, entonces? Tengo que presentárselo, un día. Es singularmente buen mozo. Sus ojos, sobre todo, son bellísimos". Me fueron creando, pues, una cierta curiosidad acerca de él; yo me decía, cuando alguien lo nombraba, que un día de estos tendría que conocerlo: al fin y al cabo, teníamos, él y yo, amistades comunes. Pero luego fue demasiado tarde. En mi visita de pésame a Elisa y sus padres me di cuenta de que Marcelo había muerto realmente. O, por lo menos, así se obstinaban en considerarlo

ellos, pues, a pesar de mis esfuerzos, hablaban de él como se habla de un muerto. Quizás si yo hubiese ido allí al tercer o cuarto día del duelo, aún fuese entonces otra la situación de Marcelo. Su muerte lo inundaría tal vez todo en aquella casa y, en una u otra forma, yo hubiese podido estar más cerca de él; conocerle, al fin. . . Pero, así, después de una semana, era ya imposible; y he debido figurármelo antes de ir. Al principio, traté de hacerles comprender cómo me había afectado la noticia y cómo —aunque venía a testimoniario tarde— la había sentido de hondamente. Sin embargo, noté que mi actitud conmovida les producía cierta extrañeza, como si les hablase de algo que ellos no conocían o estuviese portándome un poco fuera de tono. Confieso que sufrí entonces cierto embarazo. El padre, sobre todo, se refería a él de una manera natural y desenvuelta —como se habla de un autor antiguo, por ejemplo— aunque su rostro se veía sinceramente velado por una altiva tristeza. No obstante, hubo un momento en que se produjo una corta discusión entre ellos, cuando la madre y Elisa aseguraron que, en un retrato enmarcado que reposaba sobre una mesa, recostado contra un florero, Marcelo estaba asombrosamente parecido. Ambas me preguntaron si no creía que había sido muy buen mozo, mejor que todos ellos. Yo hube de reconocer, con amabilidad quizás demasiado fingida, que el difunto solo había sido seguramente una muestra del tipo de familia. Pero el padre se mostró casi herido por la afirmación de las dos damas y, señalando otro retrato que colgaba de una pared, les contestó —con la voz ligeramente alterada— que si no veían cómo era allí donde estaba el verdadero Marcelo. Se volvió entonces hacia mí, diciendo: “Es posible que en esa foto esté mejor el rostro; pero es allí donde está su espíritu. . . Su espíritu, ¿comprende usted?” Siguió entonces un embarazoso silencio que yo aproveché para despedirme.

La desilusión que me produjo esta visita no dejó de mantenerme un poco intranquilo en los días siguientes. Me escocía allá dentro como una especie de remordimiento y cada vez que volvía en mí se me presentaba en la mente, sin que yo pudiese evitarlo. ¡Como si yo hubiese tenido la culpa! No obstante, hubo momentos en que me sentí literalmente asesino de Marcelo. Al final, resolví ir a casa de las jóvenes filósofas —supongo que me impulsó el deseo inconsciente de poder encontrar allí todavía algo del pobre hermano de Elisa—. Desgraciadamente, ellas no mostraron ya casi ningún interés en hablar de él y, durante tres o cuatro largas horas, se sumergieron, una y una, en sus pedantes temas de conversación.